

El problema del sentido en la interpretación del mensaje

Trixia Osorio Anchiraico

Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú

trixiaosorio46@gmail.com

RESUMEN

Las personas nos comunicamos a través de signos, verbales o no verbales; para llevar a cabo este fin, el hablante crea los signos y los organiza por medio del lenguaje. Este proceso es dominado por los hablantes quienes conocen muy bien las reglas gramaticales de su lengua. Por otro lado, La dinámica de la comunicación compete al hablante y al oyente y ambos tienen un compromiso implícito en la codificación y decodificación del mensaje; el primero, debe construir un mensaje sencillo empleando los signos; el segundo, debe descifrar o interpretar este mensaje creado por el hablante. Este proceso parece ser sencillo, sin embargo, muchas veces existen dificultades en el momento de la interpretación por parte del oyente: ¿qué quiere decir el hablante?, ¿en qué sentido lo dice? El objetivo de este artículo es analizar y explicar el problema que se puede presentar en la interpretación del mensaje cuando existen varios sentidos en las palabras.

PALABRAS CLAVE: Sentido, significado, referente

The problem of meaning in the interpretation of the message

ABSTRACT

People communicate through signs, verbal or non-verbal; to carry out this end, the speaker creates the signs and organizes them through language. This process is dominated by the speakers who know very well the grammatical rules of their language. On the other hand, the dynamics of communication is the responsibility of the speaker and the listener and both have an implicit commitment to the encoding and decoding of the message; the first, must build a simple message using the signs; the second, must decipher or interpret this message created by the speaker. This process seems to be simple, however, many times there are difficulties at the time of interpretation by the listener: what does the speaker mean? In what sense is he saying it? The objective of this article is to analyze and explain the problem that can arise in the interpretation of the message when there are several meanings in the words.

Keywords: Sense, meaning, referent

Marco teórico

Cuando el lingüista suizo Ferdinand de Saussure analizó el signo lingüístico lo consideró como una entidad psíquica que contiene dos elementos indisolubles: el significado y el significante. En la imagen observamos el significante o imagen acústica, una secuencia de fonemas que se organizan de forma lineal y que se encuentra en estrecha relación con el significado o concepto, conjunto de rasgos o características de algo.



Naturaleza del signo: Ferdinand de Saussure (1857-1913)

Más adelante, los estudios sobre el comportamiento del lenguaje en la comunicación llevaron a replantear otros aspectos que forman parte de esta dinámica. Ese “algo” mencionado líneas arriba, es lo que Ogden y Richards (1923) presentaron en su propuesta replanteando la interpretación del signo.

El triángulo de Ogden y Richards contempla otro elemento llamado “realidad o cosa” que no es más que el “referente”. El referente puede ser concreto o abstracto y depende de la experiencia del hablante, es decir, si el hablante conoce el referente, cuando escuche (o lea) el signo se activará en su mente una imagen que represente ese referente. Por ejemplo, si escucha en español “árbol” inmediatamente, se activa una imagen de algún tipo de árbol que conozca: de Navidad, de sauce, álamos, etc. ¿Qué sucede cuando no se conoce el referente? En ese caso no existe asociación alguna. Por ejemplo, si el hablante escucha “caleidoscopio” puede que tenga que recurrir al diccionario para conocer el significado de esa palabra.

La propuesta de Heger (1965) sobre la relación de los elementos del signo es un trapecio semiótico. Aquí también se observa la realidad o referente entre otros elementos como el monema y el semema (términos introducidos por el lingüista André Martinet en 1962).



Para Baylón y Fabre (1994) el sentido representa una dinámica compleja que muchos confunden con el referente, “el sentido no es el referente”, es la dirección o direcciones que puede tomar el significado en una situación comunicativa. El sentido lleva de forma subyacente, la intención del hablante; es aquí donde el oyente debe interpretar descifrando, ante todo, lo que quiere decir el hablante para luego poder interpretar el mensaje. A continuación, ilustramos con un caso puntual.

Corpus

Durante el desarrollo del tema relacionado con las variedades del español en el curso de Lingüística, empleamos la lectura del Dr. Jorge Iván Pérez Silva, publicada en la revista Variedades (2012), suplemento del El Peruano con título *Ni razas, ni dialectos*. Luego de la lectura surgió el debate sobre el sentido que del autor con respecto a los términos “raza” y “dialecto” y lo que habían interpretado los alumnos lectores.

EN EL PERÚ HAY PUEBLOS E IDIOMAS

Ni razas ni dialectos. La ciencia contra la discriminación. Está demostrado que las razas y los dialectos no existen. Que son los pueblos los que, por diversas razones, desarro-

llaron culturas diferentes e identidades propias y entre estos rasgos figura la lengua o el idioma. El autor sostiene que este debe ser el argumento para combatir la exclusión.

En el Perú, solemos usar la palabra «raza» con mucha naturalidad, como si con ella nos refiriéramos a realidades claramente identificables y distinguibles. Afirmamos, por ejemplo, que en nuestro país convivimos personas de «raza negra», «raza blanca», «raza cobriza», entre otras; es usual escuchar también que la más común entre nosotros es la «raza chola», producida por el mestizaje o «mezcla de razas», dado que el Perú ha sido y es un «crisol de razas». Crecemos en un medio en el que son muy comunes frases como éstas y, por lo tanto, desde niños asumimos como indiscutible la creencia de que existen diferentes «razas» de seres humanos. Más aún, durante nuestra socialización, de una u otra manera, también se nos inculca que «algunas razas son mejores que otras» y, en consecuencia, muchos desarrollamos acríticamente la creencia de que así son las cosas. Algo similar ocurre con la palabra «dialecto»: desde niños escuchamos que en el Perú «se habla el castellano y también algunos dialectos». La idea detrás de esta afirmación común es que el castellano es una «lengua» o un «idioma», es decir, un medio de comunicación rico y bello que nos permite expresar nuestros pensamientos y sentimientos a los demás, tanto de manera oral como escrita. Los dialectos, en cambio, son los sistemas de comunicación propios de los indígenas; no son comparables con el castellano u otros idiomas «plenos», como el francés o el alemán, pues no alcanzan ese estatus; no son sino «remedos de lenguas» o, a lo más, «idiomas de segunda categoría». Muchos peruanos crecemos escuchando afirmaciones de este tipo y, como es natural, las convertimos en creencias incuestionadas. Si bien las personas gozamos (y debemos gozar!) de la libertad de creer en lo que queramos –religión, horóscopo, ciencia–, esta última aconseja que basemos nuestras creencias en los datos de la experiencia y en la argumentación racional. En este artículo, pretendo mostrar, desde los aportes de tres ciencias –genética, paleoantropología y lingüística–, que las razas y los dialectos no existen, al menos no de la manera en que pensamos normalmente. Lo que existe son pueblos (o poblaciones) e idiomas (o lenguas). De acuerdo con muchos estudios genéticos, todos los seres humanos que poblamos actualmente la Tierra pertenecemos a una misma especie biológica (conocida como *Homo sapiens sapiens*) y nuestras diferencias genéticas son mínimas. Según los paleoantropólogos, la razón más probable de este hecho es que los ancestros de todos nosotros se originaron en África y, hace solo unos 100,000 años, empezaron a migrar y a poblar los demás continentes. Los científicos sostienen que el hecho de que las personas tengamos diferentes características físicas externas –como el color de la piel, el tipo de pelo, la forma de los ojos o de la nariz, etcétera– se debe a procesos de adaptación de nuestra especie a los distintos medios geográficos que fueron encontrando durante las últimas decenas de miles de años. Afirman, asimismo, que estas características fenotípicas son mínimas en términos genéticos y no determinan,

por tanto, que haya «razas» o «variedades humanas» biológicamente distintas. Lo que sí hay son «poblaciones» o «pueblos» distintos. Las migraciones que nuestros antepasados realizaron, a lo largo de tanto tiempo y de tanta distancia, produjeron sobre el planeta distintos grupos de personas, de mayor o menor número y con mayor o menor aislamiento o comunicación entre sí. Estos grupos desarrollaron culturas diferentes e identidades propias, de manera tal que los individuos de un grupo llegaron a considerarse parte de un «pueblo» o de una «nación», distinguiéndose de otros pueblos o naciones. Entre los rasgos culturales que sirven para la identificación y distinción de los pueblos, la lengua o idioma (¿no dialecto!) que usan sus miembros ha sido, y es hasta ahora, uno de los más saltantes.

Si bien las personas gozamos (¿y debemos gozar!) de la libertad de creer en lo que queramos –religión, horóscopo, ciencia–, esta última aconseja que basemos nuestras creencias en los datos de la experiencia y en la argumentación racional. En este artículo, pretendo mostrar, desde los aportes de tres ciencias –genética, paleoantropología y lingüística–, que las razas y los dialectos no existen, al menos no de la manera en que pensamos normalmente. Lo que existe son pueblos (o poblaciones) e idiomas (o lenguas). De acuerdo con muchos estudios genéticos, todos los seres humanos que poblamos actualmente la Tierra pertenecemos a una misma especie biológica (conocida como *Homo sapiens sapiens*) y nuestras diferencias genéticas son mínimas. Según los paleoantropólogos, la razón más probable de este hecho es que los ancestros de todos nosotros se originaron en África y, hace solo unos 100,000 años, empezaron a migrar y a poblar los demás continentes. Los científicos sostienen que el hecho de que las personas tengamos diferentes características físicas externas –como el color de la piel, el tipo de pelo, la forma de los ojos o de la nariz, etcétera– se debe a procesos de adaptación de nuestra especie a los distintos medios geográficos que fueron encontrando durante las últimas decenas de miles de años. Afirman, asimismo, que estas características fenotípicas son mínimas en términos genéticos y no determinan, por tanto, que haya «razas» o «variedades humanas» biológicamente distintas. Lo que sí hay son «poblaciones» o «pueblos» distintos. Las migraciones que nuestros antepasados realizaron, a lo largo de tanto tiempo y de tanta distancia, produjeron sobre el planeta distintos grupos de personas, de mayor o menor número y con mayor o menor aislamiento o comunicación entre sí. Estos grupos desarrollaron culturas diferentes e identidades propias, de manera tal que los individuos de un grupo llegaron a considerarse parte de un «pueblo» o de una «nación», distinguiéndose de otros pueblos o naciones. Entre los rasgos culturales que sirven para la identificación y distinción de los pueblos, la lengua o idioma (¿no dialecto!) que usan sus miembros ha sido, y es hasta ahora, uno de los más saltantes. Ahora bien, la evidencia arqueológica sugiere (pues no es concluyente) que los primeros pobladores del continente americano llegaron por el norte, desde Asia, hace unos

30,000 o 20,000 años y que sus descendientes fueron asentándose en las tierras que iban encontrando en su desplazamiento hacia el sur. Así, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, se fueron desarrollando diferentes grupos culturales, conocidos como «pueblos indígenas americanos», con sus propias costumbres, creencias, tecnología y, por supuesto, idioma. Por ejemplo, en el actual territorio de Canadá habitan los iroqueses; en México, los otomíes; en Nicaragua, los miskitos y en Chile, los mapuches. En lo que hoy es el territorio peruano, como sabemos, se desarrollaron diversas culturas en la costa, en la zona andina y en la Amazonía; muchas han desaparecido, pero algunas sobreviven hasta la actualidad. En la costa norte, por ejemplo, se desarrolló una cultura que los arqueólogos llaman «mochica», cuyo idioma, el muchik, se habló hasta casi mediados del siglo XX. En la zona andina, hay actualmente diversos pueblos indígenas que se identifican como tales, tienen manifestaciones culturales propias y hablan su propio idioma; por ejemplo, el pueblo jaqaru en la sierra de Lima o los diversos pueblos andinos que hablan distintas variedades de quechua, como los chopqas o los q'eros, entre otros. Asimismo, en la región amazónica habitan distintos pueblos indígenas cuyos ancestros llegaron hace miles de años y desarrollaron culturas diferentes, cada una caracterizada por su propia lengua o idioma. Así, los asháninkas, machiguengas, shawis, shipibos, wampis, entre muchos otros, son pueblos que hablan idiomas (¿no dialectos!). De acuerdo con la lingüística, todos los seres humanos aprendemos, durante nuestros primeros años y sin mayor esfuerzo, nuestra lengua o idioma materno, es decir, el complejo sistema lingüístico que sirve de medio de comunicación en nuestra comunidad. Aprender un idioma requiere desplegar una serie de complejas habilidades cognitivas: apropiarnos de un rico vocabulario, que recoge las distinciones conceptuales relevantes para nuestra comunidad; descubrir las reglas que gobiernan la construcción de palabras y frases (estructuralmente muy complejas) tal como lo hacen las personas que nos rodean; dominar el sistema de unidades y reglas fonológicas que nos permiten producir y reconocer los enunciados sonoros con que nos comunicamos, entre otras habilidades. Según los lingüistas, el grado de complejidad estructural de todos los idiomas del mundo (unos 6,800) es más o menos equivalente y no existen razones para considerar a unos superiores a otros, en tanto todos permiten a sus usuarios satisfacer plenamente sus necesidades cognitivas, expresivas y comunicativas. Es más, la hipótesis más probable es que todos los idiomas actuales sean desarrollos históricos de una sola lengua original: la que usaban nuestros ancestros africanos hace 100,000 años. Ahora bien, si, por un lado, todos los seres humanos tenemos un mismo origen y somos genéticamente casi idénticos; y si, por otro lado, todos nuestros idiomas derivan de una misma lengua ancestral y son igualmente complejos; ¿de dónde surgen las creencias (¿falsas!) de que existen razas superiores a otras y de que algunas personas hablamos «idiomas» mientras que otras solo hablan «meros dialectos»? Pues surgen del seno de una sociedad dividida y jerarquizada, una sociedad que en un momento de su historia

sufre la imposición –la conquista– de un grupo de personas sobre otros y, con ella, la de una cultura y una lengua sobre otras. Los conquistadores (y sus descendientes) se colocan política y socialmente por encima de los conquistados (y sus descendientes); en este mismo orden colocan sus idiomas y sus otras manifestaciones culturales. La creencia (doblemente falsa) de que «hay razas inferiores que hablan meros dialectos» no surge de los datos de la experiencia: es el producto de nuestra crianza en una sociedad que discrimina a quienes considera inferiores. Debemos luchar críticamente contra estas ideas y estas prácticas. La argumentación racional es una de las armas que podemos usar contra todo tipo de discriminación. Hablemos claro: «en el Perú, no hay ni razas ni dialectos; hay pueblos e idiomas».

Véase el texto original en <https://elperuano.pe/suplemento/variedades>

Luego de la lectura, se preguntó a los alumnos cuál era la definición de las palabras “raza” y “dialecto”. La mayoría compartió las definiciones apelando al sentido negativo, pero luego de releer se dieron cuenta de que existía otro sentido: positivo, y lo que al autor proponía era que se emplearan en su lugar, “pueblos e idiomas” porque la gran mayoría de personas consideraban en primer lugar el sentido negativo de las palabras mencionadas anteriormente.

Análisis y debate

Definamos los términos raza y dialecto.

Según el diccionario de la Real Academia (DRAE)

raza¹

Del it. *razza*, y este de or. inc.; cf. ingl. y fr. *race*.

1. f. Casta o calidad del origen o linaje.
2. f. Cada uno de los grupos en que se subdividen algunas especies biológicas y cuyos caracteres diferenciales se perpetúan por herencia.
3. f. Calidad de algunas cosas, en relación con ciertas características que las definen.

raza humana

1. f. **humanidad** (|| género humano).

de raza

1. loc. adj. Dicho de un animal: Que pertenece a una **raza** seleccionada.

raza²

Del ant. *raça*, y este del lat. **radia*, de *radius* «rayo».

1. f. Grieta, hendidura.
2. f. Rayo de luz que penetra por una abertura.
3. f. Grieta que se forma a veces en la parte superior del casco de las caballerías.
4. f. Lista, en el paño u otra tela, en que el tejido está más claro que en el resto.

dialecto

Del lat. *dialectus*, y este del gr. *διάλεκτος* *diálekτος*.

1. m. Variedad de un idioma que no alcanza la categoría social de lengua.
2. m. Ling. Sistema lingüístico considerado con relación al grupo de los varios derivados de un tronco común. *El español es uno de los dialectos nacidos del latín.*

Cuando el autor indica que no existen razas ni dialectos y propone reemplazarlos por los términos “pueblos e idiomas”, lo hace porque considera que la primera propuesta resulta muy peyorativa y discriminadora. No es que no se puedan utilizar los significados originales, pero como se discutió en clase, una palabra, frase, oración, etc., puede tener varios sentidos, es decir, significados según la intención del hablante y según la situación comunicativa. Es así que las palabras “raza” y “dialecto” pueden entenderse de forma negativa como positiva. En términos académicos el sentido es positivo, se trata de ser lo más objetivo posible en la interpretación; a nivel individual, la connotación puede ser negativa e interpretada con significado despectivo.

No es raro que el oyente interprete otros sentidos del mensaje; esto puede obedecer a varias razones:

1. No le interesa el mensaje del hablante (no colabora con la dinámica de la comunicación).
2. No entiende el mensaje (opacidad).
3. Maneja referentes distintos (esto sí puede ser un problema).
4. Subjetividad

Conclusiones

Existe mucha confusión con los términos “significado”, “sentido” y “referente”; estos suelen ser confundidos con frecuencia. El oyente puede interpretar varios sentidos del mensaje creado por el hablante, esto depende de la experiencia que tenga con la realidad, como el caso de las palabras “raza” y “dialecto”. Sin embargo, a pesar de la objetividad con que se quiera interpretar el mensaje, siempre existirá una carga subjetiva subyacente por parte del oyente. Además, debemos indicar que, la subjetividad también

está presente en el hablante quien al elaborar el mensaje lo hace con una intención implícita. En resumen, ambos interlocutores deben cooperar en la dinámica de la comunicación; el hablante, creando mensajes claros y simples para el oyente y, este último, descubriendo e interpretando el mensaje del hablante para evitar algún conflicto en la comunicación. En medio del caso expuesto, surgen las interrogantes: ¿por qué existe el problema de interpretar varios sentidos de una palabra en el mensaje?, ¿acaso el signo lingüístico está diversificándose a pesar de que los hablantes manejan de manera arbitraria y convencional el significado?, finalmente, ¿se puede manejar el mismo sentido del mensaje en la dinámica de la comunicación o siempre encontraremos alguna dificultad en la interpretación?

Referencias

- Baylón, C. y Fabre, P. (1994) *Semántica*. España: Paidós
- De Beaugrande y Dressler. (2015). *Introducción a la Lingüística del texto*. Barcelona: Ariel
- Escandell, Ma. V. (2011). *Invitación a la Lingüística*. España: Editorial Ramón Areces
- Hualde, J. et al. (2010) *Introducción a la Lingüística Hispánica*. Cambridge university press
- López, C. (2014). *Análisis del discurso*. España: Editorial Síntesis
- Niño, V. (2013). *Semiótica y Lingüística. Fundamentos*. Colombia: Eco Ediciones
- Pérez Silva, J. I. (2012). Ni razas ni Dialectos. *Variedades*, 4-5.
- Searle, J. (1994). *Actos de habla*. Filosofía del lenguaje. España: Planeta-Agostini
- Sifuentes Palma, D. (2007). *Gramática del español y competencia lingüística*. Editorial San Marcos: Perú